

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN ESTÁ FUNDADA.

SUBDIVISIONES.—1. En su eminente dignidad.—2. En las relaciones íntimas que tiene con la Divinidad.—3. En su poder.—4. En su inefable bondad.—5. En los inapreciables frutos que se alcanzan de ella.—6. En nuestro propio interés.

Invenisti gratiam apud Deum.
Hallaste gracia delante de Dios.

(LUC. I, 30.)

LA devoción á María es tan antigua como el cristianismo. Monumentos de la más lejana antigüedad nos manifiestan que los primeros fieles se impusieron como deber el celebrar festividades en su honor y la tributaron un culto superior al de todos los demás Santos. En efecto, esta Virgen augusta, no reconociendo superior alguno á ella fuera de Dios, y viendo á sus piés á todo lo que no es Dios, tiene derecho á los homenajes más grandes por nuestra parte, y no la honraremos con exceso mientras no la tributemos el culto supremo que sólo pertenece á la Divinidad.

Ella es la Madre de Dios, dignidad incomparable que supera infinitamente á todas las dignidades de los ángeles y de los hombres, como el sol oscurece con su resplandor las luces más vivas de las estrellas; dignidad que jamás podrá expresar bien ninguna lengua humana; que jamás podrá comprender bien ningún espíritu creado. Las mismas inteligencias más sublimes apenas se atreven á mirarla de frente, y se ven desde luego heridas de asombro y sobrecogidas de espanto. Si nosotros, pues, amamos realmente al Hijo, ¿no es muy justo que experimentemos también una tierna devoción hacia su Santísima Madre? Y cuando vemos que Jesucristo ha tenido hacia ella tanto respeto, tantas deferencias, tanto amor, ¿podríamos considerarnos como sus verdaderos discípulos y fieles imitadores, si no experimentaríamos más que indiferencia hacia esa sublime criatura á quien él mismo ha distinguido y glorificado más que á todas las otras? Advertid lo que acontece en el mundo: ¡Cuántos homenajes no se rinden á las Princesas, á las madres de los Reyes! ¿Y podrían los cristianos olvidar á la Madre de Jesucristo, á la Madre de Dios? Penetrémonos, pues, de los más vivos sentimientos de respeto, de confianza, de amor hacia María. Cuanto más grande es su dignidad, tanto más debemos adherirnos á ella é invocarla con fervor.

Hija predilecta del Padre Eterno, y después de Jesucristo el más dulce objeto de sus complacencias, se halla adornada de todos los dones celestiales. El tesoro de riquezas espirituales que ha derramado en ella el Señor ha sido tan abundante que no hallan los Santos Padres términos para darnos de ello una idea bastante alta. Su alma, dicen, ha sido el cetro de toda clase de bendiciones, ellos la llaman espejo de las lnces de Dios, diadema de hermosura, corona de las gracias: *Intellectuale paterni luminis speculum... diadema pulchritudinis... corona gratiarum.* (Andr. Cret.; Serm. I. de Assumpt Serm 2, de Nativ.) Ella es; pues, según Jesucristo, la más perfecta semejanza del Padre, más cumplida á sus ojos y más amable que todas las criaturas reunidas. Madre del Unigénito, como hemos dicho ya, y tan verdaderamente Madre suya como las madres ordinarias lo son de sus hijos, porque ha dado á luz en el tiempo al que el Padre engendró en la eternidad, ella ha sido también la Esposa del Espíritu Santo, no como las otras vírgenes, que apenas merecen estar unidas al Divino Esposo en cuanto al alma, sinó que María ha estado unida á El en cuanto al cuerpo, de la manera más noble y más pura, y ésto no para producir solamente acciones de virtud, sinó para producir al mismo Señor de las virtudes. Puede, pues, decirse con un Santo Padre, que María ha sido como el complemento y el coronamiento de la Santísima Trinidad: *María universum sanctæ Trinitatis complementum.* (Hesych., Hom. 2, de B. V.)

Y esta triple alianza con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ¿no nos da la más alta, la más sublime idea de María, inspirándonos hacia ella la mayor veneración? ¿Puede concebirse nada más hermoso que el haber sido iniciada, por decirlo así, en los consejos de la eterna Sabiduría, que haber contribuido con su persona al cumplimiento de sus magníficos designios por la salvación del género humano? Pues tal ha sido la gloria de María. Y si el respeto, la confianza, el amor deben ser proporcionados á la grandeza, á la elevación, á las eminentes cualidades de los que son objeto de tales demostraciones, ¿qué devoción no deberemos tener hacia la Virgen, que es la única en el orden de la creación, que forma un rango aparte, que jamás tendrá y que ni aún puede tener igual? Así es que todo lo más grande que hay en el Cielo no se acerca á ella sinó trémulo de respeto; los más altos Serafines se prosternan á sus piés. Y nosotros, que no somos más que polvo, ¿no hemos de considerarnos dichosos con que se digne admitirnos en el número de sus servidores, con que nos permita cantar sus alabanzas y exponerla nuestras humildes súplicas?

Ella es Reina del Cielo, y Reina omnipotente, porque su Hijo, que tan perfectamente sumiso le ha sido durante todo el tiempo de su vida mortal, nada podría rehusarle ahora que está en la gloria. Pedid, Madre mía, la dice, y todo se os concederá. Pedid, ó mejor, mandad todo lo que os plazca. ¿Cómo podré Yo, en efecto, desviar mi semblante de Vos, cuando levanteis hacia mi trono esas manos tan puras con que me llevasteis en mi infancia en vuestro regazo? *Pete, Mater*

mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam. (III. REG., II, 20). Tal es el alto favor que goza María cerca de su Divino Hijo, que una sola palabra de sus labios, uno solo de sus suspiros, vale más á sus ojos que las más ardientes súplicas de todos los Santos reunidos, y ella puede con sus ruegos todo lo que Dios puede con su poder, como ha dicho un Padre de la Iglesia: *Quod Deus imperio, tu prece, Virgo, potest.* Bien que su omnipotencia en el Cielo no sea absoluta é independiente como la de Dios, y que no sea sinó una omnipotencia de intercesión, *omnipotentia supplex*, no tiene por eso menos eficacia, porque si, como se dice vulgarmente, las súplicas de una madre son mandatos, ¡cuál no será la fuerza de las súplicas de una Madre tal como María, dirigidas á un Hijo tal como Jesús! Tanto que no teme decir San Pedro Damiano que, cuando ella pide alguna cosa en favor nuestro, más bien que suplicar parece que dicta leyes, y tiene más bien el ademán de una Reina que de un súbdito: *Non rogans, sed imperans; Domina, non ancilla.* (Pet. Dam. *Serm. de Nativ.*, B. M. V.)

Más todavía: en opinión de los Doctores más célebres de la Iglesia, Dios no nos concede jamás ninguna gracia sinó por intercesión de María; de tal modo, que tenemos necesariamente que dirigirnos á ella si queremos obtener algún favor celestial. El Divino Salvador, para honrar á su Santísima Madre, ha querido que fuese mediadora entre El y nosotros; y que, así como nosotros no tenemos acceso con el Padre Eterno sinó por mediación del Hijo, así tampoco tendríamos acceso con el Hijo sinó por mediación de su Madre. Yo podría copiar aquí una multitud de pasajes de los Santos Padres que atestiguan esta verdad. Veamos solamente algunos de los más expresivos: «¡Oh Virgen María, exclama San Ildefonso, todos los bienes que la Soberana Majestad ha resuelto concedernos, pasan por vuestras manos: porque á Vos es á quien han sido confiados todos los tesoros y todos los ornamentos de la gracia: *Omnia bona quæ illis summa Majestas decrevit facere, tuis manibus, o Maria, decrevit commendare; commissi quippe sunt tibi thesauri et ornamenta gratiarum.* (S. Ildeph.)» — «Vos sois la dispensadora de todas las gracias, y nuestra salvación está en vuestras manos, dice San Bernardino de Sena: *Tu dispensatrix omnium gratiarum; salus nostra in manu tua est.* (S. Bernard., *Sin.*)» Pero San Bernardo, aquel servidor tan celoso de María, es á quien más me complazco en citar. «Dios, nos dice, ha puesto en María la plenitud de todo bien, y por consiguiente, si nosotros tenemos alguna esperanza de salvación, si obtenemos algunas gracias, por ella es por quien las obtenemos; ella es como el jardín de sus delicias, de donde se exhalan todos sus perfumes, es decir, todos los dones de su gracia;» y concluye con estas notables palabras: «Tal es la voluntad del que ha determinado que lo obtengamos todo por María.» *Sic est voluntas ejus qui totum nos habere voluit per Mariam* (S. Bern., *Serm. de Aqueduct.*) ¿No nos insinúa lo mismo la Iglesia, cuando, en las Antífonas que dirige á María, la llama nuestra vida, nuestro consuelo, esperanza nuestra? *Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.* (ANTIPH.) Por lo tanto, como dice

también San Antonino, pretender los favores celestiales sin la intercesión de María, es pretender volar sin alas. Nosotros hemos, pues, recurrido á Vos, oh Virgen Santísima, interceded por nosotros, oh Santísima Señora, Reina de los Cielos y tierra: *Intercede, hera, Domina, et Regina, et Mater Dei pro nobis.* (S. Atha.) Con el auxilio de vuestra poderosa protección jamás nos exponemos á perdersnos.

Reina omnipotente, la Virgen es también una Reina de bondad y de misericordia. La ley de clemencia y de dulzura está siempre en sus labios y jamás rechaza á los que se dirigen á ella con confianza. Cuando vivía sobre la tierra, su pensamiento más favorito, el más habitual, era acudir en auxilio de los desgraciados; y ahora que vive en medio de la fuente de los tesoros celestiales, ¿cuántos acrecentamientos no ha debido recibir esa voluntad que tiene de hacernos bien? La misericordia es como su peculio, es hasta cierto punto su esencia. El reino de Dios, según expresión del célebre canciller Gerson, se compone de estas dos cosas: la justicia y la misericordia. Jesucristo ha hecho de él como dos partes; se ha reservado el dominio de la justicia y ha cedido á María el de la misericordia. Para representarnos mejor esa ternura de la Virgen en favor de todos los que la invocan, el Espíritu Santo nos la representa bajo el emblema de un hermoso olivo: *Quasi oliva speciosa in campis.* (ECCLI., XXIV, 19). El olivo es símbolo de la paz, de la clemencia, de la dulzura. Y María está llena de indulgencia hacia sus devotos, y abre el tesoro de su misericordia á todo el que se encomienda á su protección. Nadie ha implorado jamás en vano su asistencia; y San Bernardo, en el fervor de su celo por María, íntimamente convencido de que no ha subido jamás ningún ruego hasta ella sin que le haya escuchado, y que jamás ha abandonado á los que han recurrido á ella en sus necesidades, no temió decir: «Consiento, oh Virgen María, que no se hable más de vuestra misericordia, si se encuentra alguno que, después de haberos invocado, recuerde que no ha sido socorrido: *Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, qui in necessitatibus te invocatam meminere defuisse.*» (S. Bern., *Serm. de Assumpt.*)

Sea cual fuere la grandeza y la santidad de esta poderosa Reina, y por grande que sea el número de las iniquidades de que nos hayamos hecho culpables, no temamos presentarnos ante ella; porque, cuanto más santa y sublime es, tanto más dulce y afable se muestra al pecador; y cuanto más pobres y más encenagados en el vicio, tanto más se interesan en nuestro favor los afectos de su misericordia. Tengamos, pues, en María una confianza sin límites, puesto que sabemos que su bondad iguala á su poder. Ella puede todo lo que quiere, y no quiere más que nuestro bien, nuestra salvación. ¿Qué prenda tan grande de ternura no nos ha dado, cuando, á pesar de los dolores desgarradores de su corazón maternal, ha consentido, como el Padre Eterno, en sacrificar á su Divino Hijo por la redención del género humano? De este modo ha amado al mundo: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret.* (JOAN. III, 16.) ¿Qué no hará, pues, por

no ver perecer á los que en cierto modo ha amado más que á la vida misma de su Hijo? Desgraciado, pues, y desgraciado por toda una eternidad el que, pudiendo en esta vida utilizarse de su misericordia, no lo hace y se pierde de esta manera por su propia falta.

Podemos aplicarla aquellas palabras de la Sabiduría: Todos los bienes me vinieron con ella: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (SAP, VII, II). Y aquí, ¡qué cuadro tan grande y tan magnífico no tendríamos que formular para consignar en él las gracias y los favores más señalados obtenidos por la mediación de María! «¡Contad, dice un autor piadoso (Arvisenet, *Memoriale vite sacerdotalis*), contad, si podéis, cuántos reinos ha consolidado la devoción de María! ¡Cuántos imperios ha conservado! ¡A cuántos ejércitos ha dado la victorial! ¡A cuántas herejías ha puesto fin! ¡Contad, si podéis, de cuántos peligros ha librado la devoción de María á los que la practican! ¡Cuántos enfermos ha curado! ¡Cuántos hombres ha libertado de las llamas, de los horrores de la guerra, del hambre y de la peste...! ¡Cuántas tribulaciones, cuántas agonías, cuántos males de toda especie no ha hecho cesar esta benéfica devoción!» Esto, relativamente á los bienes del cuerpo. En cuanto á los del alma, que son infinitamente más preciosos, ¡cuántas gracias, cuántas virtudes no se han obtenido por la devoción á María! A ella es á quien deben tantos pecadores su conversión, y tantos justos el feliz dón de la perseverancia final; de ella es de quien tantos orgullosos han aprendido la humildad; tantos avaros el desapego á las riquezas, y tantos libertinos el amor á la pureza. Por ella han encontrado tantos ciegos la luz, tantos hombres empedernidos han visto ablandarse la dureza de su corazón; por medio de ella, en fin, han entrado tantas almas en el Cielo. Dirigíos, pues, á María, orad, servid fielmente á esta augusta Virgen, nuestro único refugio, nuestro asilo, nuestro apoyo, baluarte de los cristianos, salvación del mundo, como la llama San Epifanio. «Venid á mí, os dice ella, vosotros los que me amáis, y seréis colmados de los bienes de que yo soy dispensadora; mi espíritu es más dulce que la miel; la herencia que preparo á mis hijos es más deliciosa que el panal más excelente.» *Spiritus enim meus super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum* (ECCLI., XXIV, 27.)—«Yo amo á los que me aman, nos dice en otra parte, y los que sean diligentes en buscarme me encontrarán. Tengo en mi poder riquezas, gloria y abundancia para enriquecer á los que se acerquen á mí y colmarlos de bienes.» *Ego diligentes me diligo*. (PROV., VIII, 17.) ¡Oh! Si esta devoción á María estuviere fuertemente arraigada en el corazón de todos los fieles, ¡qué venturoso cambio no veríamos operarse por todas partes! El vicio desaparecería muy pronto de la tierra para hacer lugar al adorable reinado de la piedad y de la virtud.

Seres frágiles al mismo tiempo que inmortales, nosotros tenemos intereses de dos especies: los del tiempo, que concluyen con la vida, y los de la eternidad, que duran tanto como el mismo Dios. Y comenzando por estos últimos como ios más importantes, es doctrina cons-

tante de los Santos, que no se consigue la salvación sin la asistencia de María. Escuchad á San Bernardo: habiendo Dios, nos dice, encerrado en el seno de esta Virgen el premio entero de nuestra redención y la plenitud de todo bien, no tenemos ni esperanza, ni gracia, ni salvación sinó por medio de ella: *si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare*. San Anselmo no teme asegurar que cualquiera que esté abandonado de María perecerá inevitablemente: *Necesse est ut pereat*. Unos nos la representan como la única dispensadora de los tesoros de Jesucristo: otros, como nuestra necesaria mediadora cerca del divino Mediador. Pero, ¿qué puede añadirse á la hermosa expresión de San Epifanio, que la llama común propiciatorio del universo: *Commune mundi propitiatorium*? El grande Obispo de Meaux no ha hecho más que repetir el lenguaje de toda la tradición cuando ha dicho esta notable frase: «Que en virtud de un decreto inmutable de la Sabiduría divina, María contribuirá eternamente á todas las operaciones de la gracia para la salvación de los hombres. Es opinión general, no de algunos panegiristas entusiastas, sinó de los más graves y más sabios Doctores, bien así que de los más grandes Santos, que ella es la perpetua cooperadora de nuestra salvación, y que la gracia no obra nada en nosotros sin su participación. Invocadla, pues, todos vosotros los que no queréis perecer y aspiráis á una vida inmortal. Almas justas y fervorosas, invocad á María, para que ella os sostenga en la estrecha y escarpada senda de la justicia, para que subiéndolo de virtud en virtud, lleguéis á la cima de la Montaña Santa, donde Dios corona á sus elegidos. Almas tibias é imperfectas, que arrastráis tan bajamente el yugo del Señor, invocad á María, para que se apresure á reanimaros en vuestro desfallecimiento antes que Dios os rechace enteramente con su boca, y que vuestro corazón desanimado, cansándose de una piedad sin gusto y sin consuelo, porque es sin fidelidad y sin amor, no reclame las delicias del crimen, y no vuelva al vómito, la expresión de la Escritura. Y vosotros, pecadores, que sumergidos en el abismo de los más vergonzosos desórdenes, conocéis el horror de vuestra situación, pero desesperáis de salir de ella, los que ya no creéis en la posibilidad de romper cadenas tan pesadas y de vencer hábitos tan inveterados, recurrid á María; con su auxilio, todo se os hará posible: se disiparán vuestras tinieblas, el vicio perderá para vosotros los engañosos encantos que os han seducido, la virtud os hará sentir sus atractivos mucho más poderosos y más dulces, y encontraréis en costumbres más puras la paz y la felicidad que vuestras pasiones no han podido proporcionaros. Y tú también, oh impío, cuya perdición parece inevitable, pues que estás en guerra abierta con el Cielo; si te queda todavía alguna compasión de ti mismo, si algunas veces, al pensar en la horrible alternativa en que te has colocado, y en el horrible problema que la muerte vendrá bien pronto á resolver, no puedes menos de estremecerte, y no renuncias á tomar algunas medidas contra una desgracia eterna, vuelve también tus miradas hacia María, y en tu amarga perplejidad no vaciles en decirle: ¡Oh

Virgen, de quien se cuentan tantas maravillas, si es verdad que tan gran favor tenéis con Dios, y que no rechaza ninguna de vuestras peticiones; si es cierto que no hay salvación sinó en la fe de los cristianos, y que la incredulidad es un deplorable error que conduce á una eternidad de desesperación, haced que luzca de nuevo en mi espíritu un rayo de esa fe divina, desde tanto tiempo extinguida en mi espíritu, para que me haga volver á encontrar el camino fuera del cual no hay sinó precipicios y perdición; con esta señal reconoceré que me habéis escuchado y vuelto de mis extravíos, y no olvidaré jamás que os debo el mayor de los beneficios. ¡Oh impío! Ensaya: y por débil que sea el ruego, me atrevo á garantizarte que si la sinceridad le acompaña, no será inútil; y tal vez seas del número de aquellos dichosos incrédulos que, movidos por una gracia victoriosa, retirados, como por milagro, del caos de todos los errores, pasan desde las sombras de la muerte á las regiones de la luz y de la vida.

Así es como esta bienaventurada Virgen nos asiste en todas las necesidades de nuestras almas. ¿Pero se digna también la Reina del Cielo tomar parte en nuestros intereses terrenales y perecederos? ¡Ah! Ella es Madre, y nada de lo que concierne á sus hijos le es extraño. Su solicitud imitando á la del Padre Celestial, se extiende á todas nuestras necesidades para socorrerlas, á todos nuestros peligros para desviarlos, á todos nuestros males para dulcificarlos, á nuestros negocios y á todas nuestras empresas legítimas para favorecer su éxito, tanto como lo exige ó lo permite nuestro verdadero bien. ¿Entraré aquí en un largo detalle de hechos para probar lo que aseguro? Leed, H. M., leed las historias de los tiempos pasados y los anales de la Iglesia, y por todas partes veréis calamidades detenidas y tempestades calmadas, enfermedades curadas, muertos resucitados, ejércitos enemigos vencidos, ciudades é imperios salvados por medio de la protección de María. Recorred esta gran capital y las provincias de esta nación; mirad esa multitud de templos y de santuarios consagrados á su nombre en las ciudades y en las aldeas, en las playas de nuestros mares y en los escollos que las rodean, en el fondo de los valles como en la cima de las montañas; preguntad el motivo por que fueron cons-truidos, y sabréis que cada uno de ellos es un monumento de algún señalado favor obtenido por intercesión de María, de algún admirable prodigio obrado por su poder. Nombradme esas fiestas tan numerosas instituidas en su honor, que llenan todo el curso del año, y donde es invocada bajo tantas denominaciones diversas, como dispensadora de la victoria, como árbitra de la paz, Reina de la misericordia, recurso seguro de todas nuestras necesidades; y yo os manifestaré que ellas son otros tantos testimonios solemnes del reconocimiento del mundo católico por la cristiandad tantas veces salvada milagrosamente de la inundación de los Bárbaros, de la opresión de los musulmanes, de los cismas de las facciones, de las guerras intestinas que la desolaban, ó de otros males extremos que amenazaban destruirla.

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 20 DE MAYO.

CARACTERES DE LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PRIMERA CUESTIÓN.—¿En qué consiste la devoción á la Santísima Virgen?

SEGUNDA CUESTIÓN.—¿Por qué se nos recomienda tanto la devoción á la Santísima Virgen?... Esta devoción, ¿es necesaria para salvarnos?

TERCERA CUESTIÓN.—¿Por dónde sabemos nosotros que la Santísima Virgen disfruta de un favor tan grande cerca de Dios?

CUARTA CUESTIÓN.—¿Es antigua esta devoción?

QUINTA CUESTIÓN.—¿No es una devoción supersticiosa y buena simplemente para el pueblo?

SEXTA CUESTIÓN.—¿Qué me prometo de esta devoción, y qué debo hacer para practicarla?

PRIMERA CUESTIÓN.

¿EN QUÉ CONSISTE LA DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN?

RESPUESTA.

LA devoción á la Santísima Virgen consiste en las mismas prácticas de piedad que constituyen la devoción á los otros Santos. Y como la devoción á todos los demás Santos consiste en invocarles, en honrarles y en imitarles, así también en invocar, en honrar y en imitar á la Santísima Virgen, es en lo que consiste la devoción que la profesamos.

1.º *Invocación.* Digo en primer lugar que debemos invocarla; sobre lo cual tenemos que hacer tres observaciones. Es la primera, que no la invocamos como fuente de las gracias, sinó únicamente como conducto por donde llegan á nosotros. No es, pues, la autoridad del poder, sinó el favor con el poder lo que reconocemos en ella. No